

Grandeza y Decadencia

*“El peor castigo para quienes no se interesan en la política,
es ser gobernados por quienes si se interesan. “*

Arnold J. Toynbee



Dolania Americana

Hablar de grandeza y decadencia conlleva hacerlo de nacimiento y muerte. Aceptar que la vida tiene un inicio y un final. La esperanza de vida era de 73,8 años para las mujeres y 69,1 para los varones en el 2015. Los efemépteros, insectos que pertenecen al grupo de las libélulas, no llegan a una existencia de 24 horas. La dolania americana vive ¡5 minutos!

Nuestro planeta calculan que tiene 4.500 millones de años y le restan otros 1.500 millones, aproximadamente. (Descontando una desaparición anticipada por cataclismo natural o generada por nosotros).

De todos modos podríamos encuadrar nuestra nota en el marco de la entropía, que nos indica el grado de desorden de todo sistema que pasa del orden al caos, su estadio final. Atendiendo al Tao, en el momento de la plenitud de la grandeza, hallaremos la semilla de la decadencia. Y tal vez -a modo de esperanza- la decadencia de la oruga anuncie la magnificencia de la mariposa.

Grandeza y decadencia en las culturas:

Hace más de un siglo Oswald Spengler advirtió que *“alrededor del año 2.000 la civilización occidental ingresaría a un estado de pre-extinción”*.

La cultura -como todo organismo- tiene un ciclo de vida: nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y muerte. Esto haría necesaria la aparición del “cesarismo” (un ejercicio anticonstitucional y antidemocrático del ejecutivo de los gobiernos).

Está sucediendo. No de otro modo son explicables los “populismos” que aparecen en todos los rincones del planeta que depositan las esperanzas de los pueblos en caudillos fuertes, arbitrarios y extravagantes y no en las instituciones (que por su parte han defraudado expectativas).

Lo contemplo en mi país con evidente claridad por la inmersión en el suceso. También lo observo en muchos de los resultados electorales del mundo: África, Asia, Europa y Estados Unidos de Norteamérica.

El proceso de secularización impregnó a la sociedad humana y la indujo a esta realidad donde no es aquel que tiene poder quien recibe dinero, sino quien tiene dinero quien dispone de poder.

“El dinero piensa, el dinero dirige: tal es el estado de las culturas decadentes” decía Spengler. No sorprende que se haga todo en nombre del “mercado”, una abstracción que oculta que quienes deciden son los poseedores de bienes, personas con nombre y apellido que tienen o conducen grandes corporaciones de inimaginables capitales y suelen ser temerosos avaros respecto de sus patrimonios acumulados.

En Argentina sorprende hoy una campaña del Presidente de la Nación que exhibe su crítica acerba y feroz de oposición al mérito. Asociando mérito con privilegio de cuna y no con empeño, voluntad, resiliencia, temple y finalmente logro. (Una curiosa apreciación que lo desmerece en su cargo).

Para Arnold J. Toynbee las civilizaciones son la respuesta de un pueblo a los desafíos que afronta, sean naturales o sociales. Prosperan cuando logra superarlos y decaen como resultado de su impotencia. Cuando sus líderes dejan de responder creativamente se hunden debido al nacionalismo, militarismo o cualquier otro “ismo” que origine la tiranía de una minoría despótica. Las civilizaciones se desintegran y mueren por suicidio más que por causas naturales. *“Mueren por suicidio, no asesinato”* A.J.T.

La decadencia del presente:

¿Cómo sucede esto? Intentaré una explicación breve. Atendiendo lo predicado por el materialismo histórico podremos ensayar una respuesta: Los hombres en sus relaciones de producción transforman sus medios ambientes y a sí mismos.

Sinteticemos los modos de producción iniciales: recolectores, agrícolas, pastores y cazadores. Puestos en contacto descubrimos que unos tendrán predominancia respecto de los otros por los artefactos empleados en sus culturas. Específicamente hablamos de la tecnología ofensiva. (La historia de la humanidad se explica por el desarrollo de su tecnología bélica). Poco pueden hacer los labriegos con sus instrumentos de cultivo para oponerse a una horda de cazadores munidos de herramientas mortales. Unos vencerán, sin duda, otros serán avasallados; serán súbditos y dedicarán sus existencias al servicio de estos amos de la guerra. Así se puede explicar el surgimiento de los imperios y su expansionismo, similar al crecimiento de los organismos y su necesidad de acrecentamiento de espacio, hasta llegar a un máximo en que apenas se sostiene por incremento de su complejidad. Aparecen en las sociedades humanas una tecnoburocracia administrativa que tiene un enorme costo y acaba mermando las arcas de un Estado que ya no incorpora riquezas por nuevas anexiones, sometimientos y conquistas. Ahora se trata de repartir un pastel que no crece mientras sí lo hace incesantemente el número de convidados, que no producen.

Otra circunstancia que concurre es la degradación sociocultural. Para la conquista militar son necesarios los generales más eficaces y los soldados más diestros. Para el trámite palaciego se elige por obsecuencia. Sólo se escucha la voz del adulón que confirma los caprichos del líder. Entonces sucede. Las instituciones sociales efectúan mal las funciones para las que fueron diseñadas, incumplen sus objetivos y se descomponen. La desintegración institucional priva al actor social de su marco de referencia, el ethos orientador del comportamiento con la correspondiente anomia y consiguiente caos.

Las sociedades humanas dejan de ser conducidas por los mejores para tareas específicas y son administradas por incapaces que ignoran objetivos y procedimientos. Desconocen la previsibilidad (saber para poder, poder para hacer) y contemplan al mundo desde el cristal del individualismo ególatra. Aspiran a posesiones de objetos, no a prácticas de virtudes. Se quiebra la solidaridad orgánica y palidece la empatía.



Probablemente a esto se refiriera Toynbee cuando aseveraba que las sociedades se suicidan. No existen hoy capitanes que se hundan con el barco; ahora huyen y abandonan a su suerte tripulación y pasaje. Y los naufragios ocurren por impericia, por estupidez.

Agregamos que las socializaciones primaria y secundaria se ejercen con una cada vez menor habilidad, o simplemente las administra el Pedagogo Mayor de la Humanidad: la televisión y sus bedeles, como Hollywood, Netflix, Amazon y demás falsificadores de la realidad. Constructores de escenarios donde se expresan las frustraciones -que genera el propio sistema productivo- de modo tal de conformar a minorías que aparecen idealizadas en la heroicidad mientras en la vida real subsisten atenazadas y sumergidas. Mujeres, negros, transexuales, todo tipo de minorías se yerguen en vencedores protagonistas. La venganza es el motivo justificativo profuso en infinidad de filmes y series, centro o nudo del relato. La organización social no se presenta confiable (¡y no lo es!) y quien desee reparaciones deberá procurarlas por sí mismo, con un vaso de scotch y armas consagradas como íconos por la Sociedad del Rifle.

Como el principio de autoridad se transfirió a las redes virtuales los disparates más grandes se justifican en que “estaba en Google” o “lo leí en Internet”. ¡Y millones lo creen! Así nacen, por ejemplo, seguidores del “terraplanismo” que niegan la esfericidad del planeta aunque nadie haya exhibido a los paquidermos que deberían sostener la bandeja de su mundo plano.



En tanto todo esto ocurre los medios de comunicación dicen poco, muy poco de la cuestión ambiental, contaminación planetaria, escasez de recursos alimentarios, o el destino de miles de millones de personas que no tendrán modo de procurarse el pan en el mundo de la revolución tecnológica que transitamos. Superfluos al sistema productivo presente.

Sin pan y sin trabajo: E. de la Cárcova

La degradación institucional se exhibe sin pudor y descubrimos que la administración de justicia es una caricatura, la educación un infortunio, los sistemas de salud perdieron confiabilidad (el juramento hipocrático una anécdota tal vez amable del pasado), la seguridad de las personas y bienes una ilusión desesperanzada.



Muchas culturas ágrafas desaparecieron en contacto con la civilización occidental en el curso de sus expansiones imperiales; dejaron de reproducirse y sucumbieron. Muertos de civilización, esa extraña enfermedad que nos habita... Y para superarla no hallamos la vacuna.

Eduardo Arbace Baleani
eduardobaleani@gmail.com